

BIBLIOGRAFIA

JOSE BERRUEZO. San Sebastián. Itinerario pintoresco a través de su historia. San Sebastián, 1948.

José Berruezo profesa un concepto chestertoniano de la historia. Así parecen pregonarlo las líneas preliminares que ha hecho anteponer a su deliciosa historia de San Sebastián, que quiere encerrar dentro de los honestos términos de un paseo intrascendente por las efemérides donostiarras.

Previamente se cree en el caso de hacer una declaración de principios «para alivio de censores» que tomen demasiado en serio su papel de Aristarcos. Es una preocupación excesiva.

Además, hay que tratar a cada cual, como lo que es. Y a Berruezo que, como buen humanista, sigue a la letra el precepto horaciano de mezclar lo útil con lo dulce, no se le pueden exigir hallazgos ni disecciones críticas. El va a lo suyo y, pues lo suyo es bueno, ha de ser loado y no vituperado.

A pesar de todas esas declaraciones, su SAN SEBASTIAN no es sólo un «itinerario pintoresco a través de su historia». Si únicamente fuera eso, estaría fuera de lugar la apretada relación de notas que corona el libro y que llega a alcanzar las proporciones de un estimable aparato crítico. Y no es sólo eso, sino que algunas de las notas saben a nuevo y descubren en quien las ha estampado un sentido inquisitivo y hurgador en la maléza de la historia.

¿En qué quedamos entonces? ¿Es Berruezo historiador a lo Menéndez Pidal o diletante de la historia a lo Chesterton? El prefiere ser esto último y hemos de condescender con ese deseo suyo. Pero, aunque siguiendo a su maestro, llega a sostener en el prólogo la muy aventurada afirmación de que la historia es hija de la leyenda, bien se advierte que eso no pasa de ser en él una apreciación verbalista, ya que las apoyaturas eruditas en que afirma su texto vienen a desmentir prácticamente tan explícita declaración.

Es la de Berruezo una prosa muy ágil y sirve a un discreto humorismo que va muy bien a su empleo. Por ello los capítulos de esta amable historia que han sido gráficamente calificados de «bombones», se ingieren con la facilidad con que **acometen** esa empresa digestiva los chicos y los grandes.

Agoniza la primera edición.

«OTOITZ-BIDEA. Aita Manzidor Jesus'en Lagundikoak egiña». El Mensajero del Corazón de Jesús. Bilbao, 1948.

Precisamente estaba leyendo una traducción vasca por el capitán Duvoisin, del Nuevo Testamento, cuando me entregaron el «Otoitz-bidea» del Padre Mancisor. Y leyendo a Duvoisin, mientras saboreaba su agradable vascuence, pensaba con tristeza en tantos esfuerzos en pro de nuestro idioma, condenados de antemano al fracaso por la manía purista.

La primera impresión que la lectura del libro del Padre Mancisor abierto al azar, me produjo, no pudo ser más agradable. En «Otoitz-bidea», lo mismo que en Duvoisin, campeaba el vascuence de la gente, el de la calle; más todavía, en detalles sueltos, asomaban aquí y allá los modismos usados en el valle del Urola. «Gorputz dana moretuta» leí en una página, en frase azcoitiana-azpeitiana neta.

Un purista, un gramático, sin duda opondrá reparos al libro de Mancisor. Esta es, para mí, una de las razones que explica el gran éxito del libro. Si algún reparo pudiera yo, hombre de la calle, oponerle, sería precisamente el contrario. El Padre Mancisor teme haber ido demasiado lejos. Como su ameno libro obtendrá, a no dudarlo, una segunda edición, le aconsejaría que se atreva a la supresión de todas las aclaraciones entre paréntesis que aparecen en su obra. Por ejemplo, entre las páginas 377 a 380 aparecen las siguientes aclaraciones: **Aurka** (kontra), **oben** (pekatu), **epaituko** (juzgatuko), **ez gaitzeste arren** (ez kondenatzearren), **aulak** (debillak), **jasan** (sufritu), **Nekaldi** (Pasio'ko). Sin dudar un momento, sólo salvaría «aulak» entre todas esas palabras. Todas las demás, a mi modo de ver, deben ser sustituidas por las que figuran entre paréntesis. La obra del Padre Mancisor ganaría con ello en naturalidad, condición que, sobre todo, es la que brilla en las amenísimas páginas de «Otoiz-bidea», al alcance de cualquier vasco a poco euskera que sepa.

J. A.



PEDRO GARAT, «EL ORFEO DE FRANCIA», por Isidoro de Fagoaga.—1948, Buenos Aires.

El cantante Garat debía ser cantado por otro cantante. Así ha sido, aunque no sea muy frecuente que los cantantes sean a la vez hombres de pluma.

Pero es que Isidoro Fagoaga, renombrado intérprete wagneriano, es hombre de grandes inquietudes literarias. Su firma, no ciertamente pródiga, ha firmado prosa y verso, con lo que queda suficientemente acreditada su vocación literaria, que tiene en el libro reseñado una expresión muy galana.

Hay en ese libro erudición, que empieza destruyendo el señalamiento de Ustaritz como lugar de naturaleza de su biografiado; hay artificio de buen ensamblador que apareja con mucha discreción los elementos de la construcción libraria; hay, finalmente, soltura de pluma que se desliza sobre la cuartilla sin titubeos. Adobada así, la biografía resulta incitante, porque, además, el personaje, muy relevante en sí y muy humanamente evocado, tiene el vigor de las personalidades robustas. Y personalidad robusta hubo de ser quien, en pleno terror, no quiso cantar al día siguiente de rodar en la guillotina la cabeza del Rey.

Señalemos, para terminar, que es anacronismo suponer a Lope de Isasti conocedor del tratadista de arte Abate Arteaga.

F. A.



RETABLOS NAVARROS DEL RENACIMIENTO, por José E. Uranga Galdiano. Presentación por Manuel Gómez-Moreno. — Diputación Foral de Navarra. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Institución Príncipe de Viana. Pamplona, 1947.

«Retablos Navarros del Renacimiento», la reciente obra de José E. Uranga Galdiano, constituye una verdadera fiesta del espíritu para los amantes del arte. Ahí es nada disponer encima de la mesa de trabajo de un tan copioso álbum fotográfico que permite admirar hasta en sus menores detalles buena copia de notabilísimas obras de arte guardadas en insignificantes pueblos de Navarra. «La Escultura Religiosa y Bellas Artes de Navarra», el voluminoso y meritorio libro de don Tomás Biurrun y Sotil, producía al lector, al par de un vehemente deseo de admirar las obras tan prolijamente descritas por el párroco de Peralta, una profunda tristeza. Porque ¡cómo llegar a tantos y tantos lugares dignos uno por uno de visita expresa, y detenida!

Gracias a la valiosa obra del Secretario de la «Institución Príncipe de Viana», ese irrealizable itinerario resulta ahora posible en buena parte. Sin movernos de casa, podemos admirar los retablos

de Sagüés, Genevilla, El Busto, Valtierra, Isaba, Allo, Unzu, Ochagavía y de muchos otros lugares que convierten a Navarra en un extenso y admirable museo. La copiosa colección fotográfica de Uranga Galdiano, que prologa luminosamente Manuel Gómez-Moreno, depara a los guipuzcoanos amantes del arte muy agradables sorpresas, y, al mismo tiempo, les plantea problemas interesantes. Porque las mismas manos que realizaron los soberbios retablos de Navarra intervinieron asimismo en las mejores obras de Guipúzcoa.

Sin ir más lejos, a un examen somero se revela en seguida que el «San Ireneo», la figura central del monumental retablo de Valtierra, tiene grandes semejanzas formales con el discutido «San Martín» del retablo de Régil. Gracias a un hallazgo documental del finado investigador don Modesto Madariaga, sabemos que este tan traído y llevado retablo de Régil es obra ejecutada en 1594 por Juan de Arbizu, escultor vecino de Azpeitia. Ahora bien, otro Arbizu—Blas de Arbizu— tuvo una notable intervención en el soberbio retablo de Valtierra. Juan de Cambray, socio de Blas de Arbizu, realizó el «San Ireneo» durante el año 1598. Diríase que un mismo modelo sirvió para estas esculturas de Régil y Valtierra. ¿Qué relación o parentesco existía entre Juan y Blas de Arbizu, casado, por cierto, este último con una Anchieta? (Entre paréntesis: ¿Por qué ese empeño de los escritores navarros de desfigurar el apellido del gran escultor guipuzcoano? Es Anchieta por una serie de potísimas razones y no Ancheta. Anchieta, con la tilde bien marcada sobre la *i*, firmaba nuestro escultor.)

En el apéndice del libro de Uranga aparecen muy curiosos documentos relacionados con el «entallador Joan Inberto» y la obra del retablo mayor de la parroquia de San Juan de Estella. Pues bien, una de las primeras obras del hijo de Joan Inberto—Bernabé Inberto—se conserva en la iglesia de Urrestilla, cerca de Azpeitia. Al tiempo que escribo estas líneas, tengo ante mi vista el contrato de casamiento de Bernabé Inberto y Ana de Olazábal, formalizado en Azpeitia el 29 de diciembre de 1586 ante el escribano Juan López de Ondarra. Bernabé Inberto, que, lo mismo que su novia, era menor de veinticinco años y mayor de veinte, aportó una casa que tenía en la calle de Santiago, de la ciudad de Estella, una viña en la misma ciudad, quinientos cincuenta ducados que le debía «la iglesia parroquial del pueblo de Gabarri», y otros doscientos ducados que también le debía «la iglesia de Salinas de Oro», indudablemente por trabajos que para ellas habría realizado.

El relieve representando la «Oración del Huerto» del retablo mayor del pueblo de Ochagavía, recuerda la configuración de otra «Agonía de Jesús» en el retablo de Zarauz. Escribo esto con todas

las reservas del caso, porque no dispongo de fotografías del retablo zarauzitarra, y aunque otra cosa parezca, es precisamente en las fotografías donde mejor puede verificarse un estudio comparativo de estas obras.

Con lo que dicho está que esta obra de Uranga Galdiano pide a gritos otro álbum parejo por la parte de Guipúzcoa. Ya es hora de poder disponer a mano, merced a fotografías adecuadas, de las esculturas de nuestros retablos. Los aficionados a la fotografía tienen aquí una utilísima labor a realizar. Finalidad documental más que ninguna otra cosa. Al fin que se desee, basta un aparato fotográfico con teleobjetivo y un poquito de instinto artístico. El sugeridor estudio de los maestros entalladores en Guipúzcoa no resulta actualmente posible mientras no se disponga de fotografías adecuadas. Los fotógrafos debieran apresurarse a «salvar»—no hallo otro verbo más apropiado—todas las imágenes, retablos o frisos de nuestras iglesias.

J. A.



LA COMPAÑIA GUIPUZCOANA DE CARACAS, por José Estornés Lasa.—1948, Buenos Aires.

No era muy abundante la bibliografía sobre nuestra Compañía Guipuzcoana de Caracas. Salvo dos títulos de publicaciones de poco volumen y otro referido a una interpretación sentimental de las actividades de la pujante empresa, apenas si podíamos mostrar una obra de empeño, como no fuera la tesis doctoral elaborada por Roland Denis Hussey en la Universidad de Harvard.

Este libro diminuto de Estornés no pretende ser obra agotadora del tema. Pero su autor, que ha podido examinar abundante documentación en el Archivo General de Caracas, ha sabido darnos algún material de primera mano y ha sabido, además, condensar hábilmente otras noticias no desconocidas. Ha huído, sobre todo, de divagaciones innecesarias y todo lo que nos da es grano candéal que algún molinero reducirá a molienda.

F. A.

